

Relato: LA BICICLETA ROJA

María Belén Cabrera Perdomo

Día de Reyes, unos doce años. La de mi hermano, azul; la mía, roja. Él contento; mi padre aún más. Yo desconcertada; mi madre triste. Me mira, lloro y la tristeza invade ese día tan especial.

Años más tarde, la misma historia se repite, pero con una moto, esa moto grande. Si ya antes no quería bici y nunca supe llevarla, imagina lo que yo quería esa moto. ¡Ni siquiera llegaba al suelo! Impensable. Mi hermano y él contentos como cuando la bici. No entendía por qué me hacía eso, se supone que era su niña bonita, se supone que me trataba mejor a mí, eso decían, bueno eso decía mi madre, todo porque encontré una manera de sobrevivir: llorar llorar y llorar. Parece que de esta manera le daba un poco de lástima y era más breve en su ataque. En fin, esa crueldad unida a tanta belleza, es lo que me pone nostálgica hoy día. A pesar de todo, el Día de Reyes me encanta, disfruto regalando, mi madre dice que tengo un agujero en las manos, que todo lo doy. Me gusta dedicar mi tiempo a buscar lo que los demás quisieran o les gustaría. Vamos, lo que no hicieron conmigo esos años de bicis y motos sin montar.

Hay personas que al saber mi historia me preguntan cómo es posible que la cuente así, con alegría, con humor, de otra manera hubiera sido imposible contarla, no se hubiera contado nunca, pero es lo que heredé de él, ese don por sacarnos la risa aunque nos tuviera amenazados, en tensión, alerta ante su tono de voz, su manera de silbarnos al llamarnos, sus acelerones al aparcar el coche en la puerta cuando llegaba a casa. Mi padre tenía esos poderes: era un buen y un mal hombre, pero todo a la vez. Con el tiempo tras pensar mucho sobre ello le he llegado a tener lastima, a comprenderlo, era un alma perdida, su infancia fue mucho más atroz que la de sus hijos. A mí me salvó mi madre, me salvó de esa manera de vivir o mejor dicho de subsistir, eran muchos años ya, no se podía soportar. Cuando yo tenía dieciocho años recién cumplidos, ella por fin lo hizo, lo denunció. Llegó ese día que desde que tengo uso de razón ansiaba y temía a la vez: toca la Guardia Civil a mi puerta, entrega la denuncia y se van, nos dejan solos. No reacciona tan mal: “solo” echa a mi madre, no la deja llevarse nada. Nosotros callados, en silencio. Miedo, mucho miedo. Silencio, negro y oscuro silencio, dudas, preguntas sin responder. En ese tiempo, mi hermano y yo estuvimos solos con él. Se respiraba tristeza, era imposible hablar. Fue un tiempo de amenazas: —Como testifiques en mi contra ya no serás mi hija, te irás de aquí.

Y eso fue lo que pasó, testifiqué y me fui, claro está, cuatro casas más abajo.

Pasa un tiempo y podemos ver a mi madre a escondidas, está delgada, amarilla, ojerosa, cansada, muy cansada. Nos comenta que vive en una Casa de Acogida, que la están ayudando hasta que el juicio salga. Imagino que por nuestra edad éramos muy mayores para poder irnos con ella. Nosotros a seguir aguantando, a llevar luz a esa casa vacía. El juez se la da. Mi padre tiene que irse. Mi madre vuelve, no es la misma. Está destrozada, hundida, pero es valiente, siempre lo ha sido, lucha primero por sus hijos, por su dignidad, sigue luchando por ella misma, por fin se lo cree, cree en ella, cree que es una persona, una mujer con derecho a vivir.

Yo, como tocada, tocada por una varita mágica que te marca de por vida. Esa infancia que, aunque dura, también tuvo sus partes bonitas, refugiada siempre o en la calle, o en casa de amigas, en cualquier sitio menos en mi casa. No quería estar allí, me recordaba a lo distintos que éramos de esos otros hogares que yo conocía. Yo no quería ser distinta, quería ser una niña normal, con un padre y una madre que se quieren y respetan, un hermano cercano, salir de paseo tranquilamente sin temer un arranque violento en cualquier sitio. En tu casa nadie te veía; en la calle pasabas vergüenza, vergüenza de esa realidad, de que lo vieran los demás. Los tres hacíamos lo imposible porque eso no pasara, pero pasa, no se sabe ni por qué ni cómo, ni qué dije ni qué hice.

A pesar de todo nos reíamos mucho y eso nos salvó, nos salvó de no deprimirnos en nuestras miserias, de querer, aprender, conocer, huir, desaparecer y querer volver.

Hubo días maravillosos antes de los seis años, cuando vivía cuatro casas más abajo, con mi abuela y mis ocho tíos, eso sí que eran Navidades, las que ansío siempre año tras año, todos alegres juntos cantando villancicos sentados en corro sobre la cama en la habitación de “las chiquillas”.

Me refugiaba por aquel entonces en mi abuela Carmen, recuerdo su cuerpo grande, cantándonos aquello de “Estaba el señor don gato...” para que nos durmiéramos la siesta. Con una mano abrazaba a mi hermano y con la otra a mí. Ese cariño inmenso que solo regalan las abuelas, esa mujer que leía y lee muchísimo, esas novelas de Corín Tellado, que con el tiempo releíamos mi tía pequeña y yo. Cuánto daño hicieron: por la tal Corín resulta que soy una romántica empedernida, que por su culpa me he llevado unos cuantos palos, y por culpa de mi abuela todo lo leo.

Esas Navidades sin muchos regalos, pero unidos. Quisiera volver a sentir ese calor. Hoy día me empeño tanto en buscarlo que sufro, exactamente igual que sufrí esas navidades fatídicas, cuando mi padre decide que nos mudamos cuatro casas más arriba, nos vamos los tres con él; cuando él dice, él manda, yo tan pequeña pero notando ya que aquello no pintaba bien, no iba a ser bueno para nadie, hoy noto esa misma tristeza sin saber por qué, intuyo sufrimiento, no quiero ir, me refugio siempre lejos, pero tengo que volver, no lo quiero enfadar.

Mis tíos también me ayudaron mucho, al tenerlos cerca, eran mi tabla de salvación, no estaba absolutamente sola, ellos fueron mis referentes, me enseñaron a jugar, a cantar, a leer. Con ellos aprendí que hay personas buenas, que te quieren sin dañarte, que a eso se le llama amor y que eso es lo normal: mis dos tías, una se empeñaba en que no dejara de ser rubia con sus potingues de agua oxigenada (hoy día lo sigue intentado, es mi peluquera); la otra reivindicativa, feminista, justa; ellos gamberros divertidos. Normal que yo sea como soy, un poquito de todos, de toda esa gente que ha pincelado de color mi vida: valiente como mi madre, fiestera como mis tíos, trabajadora, divertida, responsable, sabiendo que hay que reír en la adversidad, reírse de uno mismo, reírse con los demás, y dar gracias a mi vida, a que todo lo que me ha pasado ha contribuido a hacerme así. Soy así, no puedo ni quiero ser de otra forma. Algún día lograré llevar esa bici roja. Lograré equilibrar mi vida. No tendré miedo a las caídas, y seguramente buscaré otro miedo que superar.